

1º/ LARRAGA EN SEPIA (Purificación Ruíz Gómez)

Sepia es la foto. Como mis recuerdos.

Mi padre va delante. Pasos perdidos en el empedrado de la Plaza de los Fueros de Larraga. Camina como un autómatas hacia nuestra casa. Nunca más hogar. Porque acabamos de enterrar a mi madre. Yo le sigo. Solo. Sin mano a que aferrarme. Mis pantalones cortos han crecido de repente. Tan largos como mi pena. Soy la sombra de mi padre. Disminuida por la tristeza. No me queda más que esa silueta gris y la sigo como un polluelo. Siento frío en el cuerpo y en el alma. Meto los dedos ateridos en el bolsillo donde guardo un trocito de calor maternal: el pañuelito de hilo bordado con mis iniciales por mi madre.

Y me aferro a él como a un abrazo eterno.

2º/ EL ÓRGANO (Aarón Vila Madre)

Cuando le preguntaban de qué trabajaba respondía: “Resucitador de almas rotas”. Era su forma romántica de decir que era restaurador de instrumentos. Así de particular era, tanto, que no quiso que su propia hija supiese que iba a morir ni quiso que fuese a su funeral. El loco me pidió en sus últimas voluntades que hoy viajase aquí, hasta San Miguel de Larraga, según él, para vernos. Ahora está a punto de comenzar el ciclo de órgano de este bonito pueblo y yo, sentada entre tanto público, miro hacia todas partes esperando que llegue. Cuando más estúpida y vacía me siento, la gente enmudece porque la atención la acapara el organista. Va a comenzar. Aplaudo, miro arriba y me quedo embelesada por el órgano. “Sus manos lo resucitaron”, pienso para mis adentros. Lloro, suena la música embriagándolo todo y caigo en la cuenta:

“Niña, papá ya está aquí.”

3º/ EL CASTILLO QUE NADIE VIO (José Antonio Sastre Elrío)

Victoria sube a El Castillo desde *mueta*. Sale tímida, entorna sus ojos e inspira el aire que reverbera en el soportal. Le quedan por delante las empinadas rampas de la *Costaneta* y mil y un pasos. No se arredra. Es mujer de gran fortaleza.

¿Dónde está? Le contaron que tenía tres torres, una más alta de vigía y gruesas paredes de piedra. Todos lo nombran. Nadie lo vio. Es un castillo invisible, protegido por una senda enrocada.

El Castillo fue derruido y se prestó a ser cimiento de sus casas. Y así se hizo más, mejor. El castillo de Victoria es puro sentimiento, transparente, verdad. Permite ver más allá y, en el camino, regodearse en los recuerdos más íntimos. Anda sonriente.

Llega arriba sin resuello. Mira a través de los muros, hacia los trazos ocres del horizonte ragués, hacia sus adentros.

Mañana subirá de nuevo.